



Olga Gómez Angulo
Agua y Viento (Óleo sobre lienzo)
(2003)



Yolanda Puyana Villamizar*

Ni sólo campesinas, ni sólo ciudadinas

* Coordinadora del Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo. Profesora Asociada Departamento de Trabajo Social, facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia. Integrante del Grupo Mujer y Sociedad

En las historias de vida de colombianas y colombianos de la segunda mitad del siglo XX, se plasman los efectos de un intenso proceso de urbanización y de profundas transformaciones culturales que ellas conllevan. Las migraciones y los desplazamientos¹ constituyen un evento frecuente. Los cuerpos y los sueños de hombres y mujeres se trasladan del campo a la ciudad o de esta al campo, en una continua movilidad espacial en búsqueda de mejores condiciones de existencia. Este fenómeno va transformando representaciones sociales y diversas maneras de asumir la vida. La cultura rural se inserta en la ciudad, gracias a los y las inmigrantes, mientras que al mismo tiempo la cultura urbana transforma costumbres y concepciones propias de los ancestros campesinos.

Al hacer una lectura de los procesos señalados a partir de las historias de vida de un grupo de mujeres de sectores populares, es posible señalar dos fenómenos complementarios: El primero, puede denominarse como una ruralización de las ciudades, en la medida que desde muy

¹ Para efecto de este artículo se denominará como desplazamiento, el traslado abrupto de las personas a otros lugares debido a la violencia, inmigración al proceso de movilidad espacial del campo a la ciudad y emigración de la ciudad al sector rural.

jóvenes las campesinas deben salir de su nicho cultural en búsqueda de nuevas fuentes de empleo, sobresaliendo la vinculación a los servicios domésticos. El segundo, consiste en una urbanización de las costumbres aunque se habite en zonas rurales; estos cambios de manera de vivir y comportarse se expresan en el uso de múltiples objetos, de los cuales el vestido concentra la atención de este artículo.

En ambos casos, estos procesos están moldeados por la manera como la cultura especifica las cualidades de cada género, ya que la socialización de mujeres y hombres implica aprender el uso de los espacios. Tanto en sus lugares de residencia, en lo que cada uno o una usa y viste están implícitos una serie de símbolos. “Al distinguir a hombres y a mujeres, la cultura los separa, evita confusiones y mezclas, los educa en la diferencia. Les exige una forma de aparecer los unos ante los otros, les propone unos gestos como naturales, legisla para ellos un comportamiento avalado como normal a su género” (García, 1997, 50). Las relaciones de género permean la forma como cada ser vive la infancia, sus tareas centrales, su corporalidad, la vinculación escolar, el uso de la vivienda, el acceso a los espacios públicos y a los privados, el tiempo libre, las diversiones, el vestido y en general toda la vida cotidiana.

La primera parte de este artículo versará sobre la forma como la niña se involucra a la ciudad y migra. Las oportunidades laborales que encuentra se relacionan con la socialización que recibe por el hecho de ser mujer, como es el aprendizaje desde muy niña del oficio doméstico. La migración ha incidido en la ruralización de las ciudades porque éstas crecen con población llegada del campo. Al mismo tiempo las migrantes se insertan a la ciudad mientras que aprenden nuevas costumbres diferentes a las de su nicho cultural de origen. En la segunda parte de este escrito se hace un seguimiento de la evolución de las

formas del vestido de las niñas campesinas, cuyos cambios expresan el proceso de introducción de los estilos de vida urbana en la ciudad. Todos estos procesos están caracterizados por una constante movilidad espacial, que ha convertido a la cultura popular colombiana en un híbrido: de manera que lo urbano está presente en el sector rural y viceversa.

El presente artículo se fundamenta en algunos de los resultados del análisis de 54 relatos vitales, complementados con 18 grupos focales en ciudades y pueblos de la región cundiboyacense, los Santanderes y Bolívar². Se trata de una investigación de tipo cualitativo, basada en el testimonio oral y en la forma como las mujeres relatan diferentes etapas de su ciclo vital, sus experiencias pasadas, las representaciones sociales de la época y expresan las prácticas y sentimientos de las subjetividades en torno a las instituciones.

Urbanización e hibridación cultural

La segunda parte del siglo pasa a la historia de Colombia como la época de la urbanización y la formación de las grandes ciudades, debido fundamentalmente a la migración rural y urbana. Dicho proceso ocurre por múltiples factores, tales como: la falta de oportunidades económicas, la carencia de empleo, la inequitativa distribución de la tierra y las expectativas de campesinas

y campesinos por conseguir mejores oportunidades de desarrollo humano. Estas esperanzas afectan de manera especial a los y las jóvenes, en la medida que el sector rural recibe el impacto de la cultura urbana, bien sea por la movilidad ocupacional de sus habitantes o por la extensión de los medios masivos de comunicación. A los eventos en mención se suman múltiples formas de violencia que obligan al desplazamiento forzado de campesinos y que en el caso de las jóvenes rurales se produce como reacción a los castigos y maltratos a que son sometidas en la intimidad de su familia.

A consecuencia de las migraciones y desplazamientos de los sectores campesinos hacia las ciudades, éstas se convierten en espacios multi-culturales y multiétnicos. En la ciudad se produce una hibridación, es decir se mezclan formas de expresión de las culturas rurales ancestrales con elementos de la modernización. Como lo plantea Barbero (1998,48): “Buena parte de la ciudad colombiana se formó a causa de la violencia, dichos procesos obligaron a una reorganización compulsiva de la misma, primando la necesidad de la subsistencia, la incapacidad de los ciudadanos de dar cabida a los migrantes, la permanencia de una cultura folclórica rural, en medio de una fuerte expansión urbana centrada en los modelos de los países tecnológicamente avanzados”. Es propio del paisaje en la ciudad, un agudo contraste entre personas cercanas a la vida “moderna” con la rural. En una misma esquina, por ejemplo se encuentran letreros en inglés que invitan al consumo, al lado de una mujer con pañolón y sombrero vendiendo cualquier fruta. En una misma vía esperan el semáforo un hombre con una carreta tirada por caballo, mientras otro maneja el carro último modelo y habla a través de un moderno celular.

Los sectores populares viven la presión de la modernización a través de los medios de comunica-

2 La investigación “Una mirada a los imaginarios sociales de un grupo de mujeres de sectores populares” se realizó durante los años de 1996-1998, con el Programa de Género Mujer y Desarrollo de la Universidad Nacional de Colombia. Las historias de vida se complementaron con grupos focales en los cuales participaron 125 mujeres. Son características sociodemográficas de las mujeres entrevistadas: la mitad habitaban sectores rurales, mientras que las otras residen en las ciudades de Chiquinquirá y Duitama, del departamento de Boyacá; Bucaramanga y Pamplona de los Santanderes; Cartagena y municipios cercanos, en Bolívar. Han ocupado múltiples actividades productivas y domésticas: la mayoría son trabajadoras independientes o ayudantes familiares, sus labores o las de los compañeros presentan un alto nivel de informalidad, carecen de remuneración fija y de seguridad social. Su ruralidad se definió en razón a que habiten en pueblos o veredas menores de 30.000 habitantes.

ción, los aparatos eléctricos y electrónicos, que generan cambios en la subjetividad. Pero al mismo tiempo se produce una fuerte contradicción porque las posibilidades de trabajo en el sector informal inciden en que continúen reproduciéndose valores propios del mundo rural. A los y las jóvenes por ejemplo, les han convertido en consumidores por excelencia, de manera que cuando pertenecen a los sectores populares se les ofrece una socialización y unas expectativas de consumo que no se acogen a sus posibilidades reales de ingreso, ni a sus oportunidades laborales.

La cultura urbana se extiende a los pueblos pequeños y al mismo tiempo se va produciendo una hibridación, tanto del campo, como en la ciudad, en la que confluyen distintos ambientes culturales: el sector campesino migra a la ciudad y la ruraliza, pero al mismo tiempo la cultura urbana impacta la vida campesina y va modificando su tradicional forma de vida.

Características de las migraciones o desplazamientos, una constante en la vida de este grupo de mujeres de sectores populares

“Martha Lucía, nació en Tipacoque. Desde que fue niña estuvo bajo el cuidado de los papás hasta la edad de los catorce años y luego se fue para Bogotá por el motivo de que los padres la regañaban mucho y no tenían como ayudarla o sea no tenían para darle el estudio, por eso decidió irse, no pudo estudiar por falta de recursos. Los taitas le pegaban duro, ¡Ay Dios!, la mandaban descalcita para la escuela, y ojalá llegara con los chocates puestos a la casa-¡pa que viera! Trabajó en oficios varios hasta la edad de los diez y siete años. Luego consiguió novio y la engañó, ahorita tiene tres hijos y el muchacho la dejó, con esas mentiras que los condenaos saben decir. ¡Ay Dios mío como quedó!, con tres hijos, sin darse cuenta. Se regresó pues tal vez por lo que ella se sentía sola y no tenía como mantener allá a sus hijos, si tenía para el arriendo

no tenía para la comida. Vive trabajando ella solita para sacar sus hijos adelante. La vida de esa niña fue muy complicada, ya tiene treinta años y no fue realizada. Su vida fue la de una niña que no le gustaba bailar, ni tomar, ni tener amistades, por falta de cariño de los padres”.

En esta historia escrita por mujeres de sectores campesinos de una zona bien alejada de Bogotá, se plasman narraciones acerca de su movilidad espacial, provocadas por el maltrato intrafamiliar, las carencias económicas y el abandono. Por ser historias ficticias escritas en un grupo focal, quienes las narran proyectan situaciones que con frecuencia una u otra campesina ha vivido.

En general un repaso de los ciclos vitales del grupo de mujeres de sectores populares objeto de esta investigación, indica una altísima movilidad ocupacional. En primer lugar, la mayoría fue migrante alguna vez y su vida ha transcurrido entre campo y ciudad o entre diversas ciudades, de manera que sólo una minoría ha permanecido en el lugar de nacimiento. Al mismo tiempo el 37%³ de las entrevistadas migraron del sector rural al urbano y ahora son ciudadinas; relatan con nostalgia las riquezas alimenticias que producían sus parcelas y el empobrecimiento que implicó para ellas, la venta de sus fincas o la parcelación de los minifundios. Expresiones como: “nos quedamos sin el santo y sin la seña” o “apenas nací mi mamá me trajo envuelta en un pañolón porque nos iban a matar”, revelan estos fenómenos. El grupo de inmigrantes formó parte de miles de campesinos y campesinas que han ruralizado las ciudades y con el pasar del tiempo han ido adoptando representaciones sociales propias del mundo urbano que al mezclarse con las rurales forman un híbrido cultural.

³ Las proporciones se calcularon a partir de las 54 historias de vida.

Por otra parte el 24% restante de las mujeres también migró, pero no permaneció en la ciudad. Volvieron al campo llevando consigo la asimilación de la vida urbana, de manera que mientras se reincorporan al mundo rural impactan la cultura campesina e innovan costumbres familiares tradicionales heredadas de sus ancestros. Otro tipo de movilidad espacial se presenta en el 11% de las entrevistadas; son desplazamientos de unas zonas rurales a otras, así como de la ciudad al campo, motivadas por la necesidad económica o como en el caso de la historia de Martha Lucía, por las facilidades que su lugar de origen les ofrece para cumplir sus tareas maternas.

Bogotá constituye el espacio más atrayente para las mujeres de Boyacá y Santander. Así mismo, durante muchos años las familias de la zona Caribe y del Oriente colombiano aspiraban a ir a Venezuela en búsqueda de mejores condiciones salariales. Ahora, diversas zonas de Colombia como la Costa Atlántica son un polo de atracción para los santandereanos.

En las historias de vida se plasma también la manera como hombres y mujeres han sido objeto de múltiples desplazamientos: las entrevistadas adultas fueron amenazadas por “los pájaros”; ahora por los paramilitares o la guerrilla. Sin embargo, como se observará en las historias que se relatan a continuación, las niñas migran por violencias invisibles como el maltrato proveniente de sus progenitores, que desde muy niñas las obligan a dejar su hogar.

En el trasfondo de estas historias de migración se mezclan las adversas condiciones económicas para las habitantes del campo, que generan hombres y mujeres dispuestos a trabajar en cualquier lugar por conseguir salarios más justos. Los testimonios indican que dadas sus condiciones de género las mujeres migraron, menos por la violencia política y más por la violencia de su

socialización, mientras que su retorno al lugar de origen está articulado a la necesidad de cumplir con las tareas de madres o esposas.

El servicio doméstico remunerado, el oficio que las involucra a la ciudad

Las carencias propias de la economía campesina y los malos tratos de las familias de origen inciden en la constante expulsión de jovencitas a la ciudad, de manera que el servicio doméstico se convierte en la actividad puente para su integración al sector urbano. Se transforma en la primera actividad que genera ingresos, posteriormente unas retornan a su lugar de origen y otras continúan vinculadas a otras labores. A continuación se presentan dos casos que ilustran esta problemática: el primero, de una mujer oriunda de la región cundiboyacense, quien después de pasar varios años en Bogotá, volvió a la zona rural y habita un minifundio de esta zona. La segunda de una mujer nacida en Córdoba y habitante de la zona rural de Turbaco, en Bolívar, quien antes de emplearse como doméstica también recibía un intenso maltrato de su mamá.

“Me toca conseguir mozo”

Carmen es una mujer analfabeta de 26 años a quien, ante la intensa agresión del padre, su mamá le recomendaba dos alternativas: emplearse en “casas de familia” en servicios domésticos o conseguir un “mozo”.

“Vivíamos en el campo, en una casita grande llegando a la escuela. Mi mamá la pasaba en la casa y mi papá en el trabajo; aunque la escuela quedaba cerquita, no estudiaba porque mi papá nunca nos puso a la escuela. Decía que yo no tenía tiempo, que no tenía con que comprar los lápices y las cosas que me pedían en la escuela. Pues yo ¿qué hice?: volarme de la casa, irme a trabajar y

pu' allá aprendí medio algo, a hacer el oficio de la casa, pero para leer no. Él llegaba a la casa y era una mierda con nosotros, mejor dicho como un marrano. Llegaba de un genio que no se lo aguantaba ni él mismo, le botaba a mamá la comida por las patas, le rompía los platos y le pegaba. Nosotros por tenerle miedo, nos metíamos entre un tubo que había entre las mesas pu' ahí, entre el hueco, nos sacaba y nos agarraba a palo. De pequeña yo si me recuerdo mucho, como si fuera toda mi vida, todo lo que mi papá hacía conmigo: lo sacaba a uno corriendo porque llegaba tomado, nosotros ya sentíamos el susto. Yo por no dejarme pegar más, pues entoes me salí, me le volé y no volví más a la casa. Fue cuando me largué pa' Bogotá, antes aguanté mucha hambre. Entoes, pues una señora que se llama Mercedes fue la que me crió y me vistió y todo. Yo si le agradezco a ella. La señora me llevó, me dejó allá y me amañé a trabajar. En Bogotá fue que me enseñaron a cocinar, a lavar y a todo, a ser juiciosa porque yo no servía ni para hacer una papa, ni para lavar un chiro; ¡pa' que!, yo no sabía hacer nada. Entoes esa señora buena gente con paciencia me enseñó y me decía como era. Yo era pequeña y pues ellos me explicaban, y yo aprendía. Me tocaba hacer de la casa: los hijos me querían mucho, pero yo le dije a la patrona que yo no quería trabajar más, que estaba cansada. Porque el oficio era pesado harto, la casa era de dos pisos. Entoes me pagó el sueldo. Y así fue, me vine pa' la casa y mi papá no me chistó nada. En otra casa de otra señora me jue mal. Esa señora me pegó, me lavó, ni me pagó ni nada, sino que me sacó de la casa. Me vine y dije que no quería trabajar más. Mi papá no me podía ver, mejor dicho él no me puede ver toavía, ahorita que me junté con mi marido, menos. Él me jodió una vista, aquí todavía tengo la marca cuando me pegó él. Me dejó ocho días en cama que no podía pasar ni saliva. Yo le dije a mamá y se lo grite a papá: "Papá el día que usted me siga haciendo así se la voy a hacer, consigo un muchacho, un hombre o un viejo, pero que me voy a vivir con él, me voy

porque no me sigo sufriendo aquí yo. Ese día me provocaba matarme".

"Por la tarde no tenemos arró"

Similar situación le sucede a Besaida, mujer de 33 años, su madre la empleó con una familia en un pueblo cercano a su vivienda e intercambiaba el trabajo de su hija por comida:

"Entonces yo me fui para que ellos me dieran la ropa, que ellos me ayudaran pa' yo dale a mi mamá y lo poquito que me dieran yo le llevaba. Yo a cambio les lavaba los platos, barría, trapiaba, hacía los mandados. Yo comencé desde la edad de los siete años. Antes de irme pa' esa casa, andaba con mi mamá, íbamos a pilá el arroz, para el monte a coger maíz blandito pa' molelo pa' vendé los bollos. Ella asaba galleta y yo me iba a vendé la galleta. En la casa en donde yo estaba trabajando, tenían un hijo del señor y me ponían a pelia con él. Yo buscaba un palo y le daba también, porque nos encerraban en una pieza pa' pelia. Como el señor se enamoró de mí, yo no me podía bañar y yo le decía a mi mamá que yo no quería está más ahí. Ella me decía: "mija ¿dónde vas a encontrar otra oportunidad que tengas ahí?, que yo no tengo y ellos me mandan para la libra de arroz, me dan la ropa pa' los otros dos pelaos". Entonces, cada vez que yo me iba a bañá, él se metía en el baño. La señora que cocinaba se daba cuenta y pasaba vigilándome. Cuando yo me acostaba también tenía que está pendiente en la puerta pa' que no se me metiera pal cuarto. Yo tenía ocho años, era una pelaita. Yo también le decía a la patrona que él me quería pero ella me decía que eso eran chismes míos. La señora que cocinaba, me decía que él estaba enamorado de mí y que me podía perjudicá. Entonces yo, ajá, yo pensaba, ¿será que me tiene ganas de matar? Entonces me dijo: no, perjudicarte es una cosa que él quiere tener algo razonable contigo, él quiere perjudicarte que tu seas la muje de él. ... Ellos no me alcanzaron a hace na', ellos

si me pegaban. Mi mamá me decía: tienes que aguantá poque ajá, ¿ve cómo estamos?, por la tarde no tenemos arroz. Yo le ayudaba a la señora a juntar el fogón, rallar el coco, pelar un bulto de yuca, plátano, ñame. La señora me decía: come atrás porque allá no van a comer, ni que los otros se den cuenta porque se está gastando mucha comida. Pa' salime de esa casa fue poque ya yo me aburrí, porque ese muchacho me tenía muy aburrida se puso plebe, arbitrario y me pegaba”.

Las historias aquí relatadas hablan por sí solas, porque el maltrato y el abuso sexual de padres o patronos se narra de manera espontánea y sin preguntarles directamente al respecto. Esta situación es consecuencia de un tratamiento de la niñez como si su cuerpo fuera objeto de placer de los hombres adultos y sin ningún respeto a su individualidad y sentimientos. Al mismo tiempo son tratadas como instrumentos por las mismas madres, quienes las empleaban para así lograr satisfacer sus necesidades económicas.

Además de las tareas domésticas y agropecuarias que por lo general no son remuneradas, el servicio doméstico en casas de otras familias constituyó la principal ocupación para las jóvenes inmigrantes de la mitad de las entrevistadas en Boyacá y Bolívar y la tercera parte en los Santanderes. Las relaciones oscilaban entre la solidaridad y el maltrato, pero de todas maneras las sobrecargaban de tareas, prevaleciendo la explotación de su fuerza de trabajo, a partir de su débil corporalidad y aprovechando su corta edad. El pago era mínimo, como ocurrió en el caso de Carmen, o se intercambiaban sus servicios por alimentación, ropa o también educación. Las madres por lo común les prohibían salir de su lugar de trabajo, pues así consideraban que se protegía su corporalidad, pero paradójicamente en los mismos hogares con frecuencia fueron sometidas al abuso sexual por parte de adultos y jóvenes.

Varios factores se entremezclaron en la expulsión de las campesinas de su hogar de origen: el maltrato al que eran sometidas por sus propios padres o madres, las restricciones y prohibiciones debido a su condición femenina, el temor a que perdiesen su virginidad y la prohibición de cualquier tipo de actividad lúdica. En todos los casos incidió en la migración de las niñas la sobrecarga de labores domésticas y agropecuarias. Por estos oficios no recibían remuneración, pues la mayoría de sus tareas eran parte de la cotidianidad familiar y ni siquiera se consideraba trabajo, sino un deber propio de su condición femenina. Por ello, madres e hijas al cumplir 7 u 8 años, veían conveniente su vinculación como empleadas del servicio doméstico internas a casas de familias para complementar así los ingresos familiares.

El servicio doméstico remunerado era también consecuencia de la asignación de roles diferentes a cada género: mientras los jóvenes con más frecuencia comenzaron a ser asalariados en la agricultura, labor que realizaban con sus padres, las niñas se vincularon al servicio doméstico, pues para esos oficios se socializaron. Varias fueron contratadas por sus maestras bajo la promesa de que les enseñaban a leer y escribir, condición que no cumplieron. Así mismo se relató el caso de una comunidad religiosa de Boyacá que vinculaba a las niñas para prepararlas como monjas, pero eran explotadas a través del servicio doméstico interno, pues el convento era al mismo tiempo un hotel. Incluso fueron maltratadas cuando por distintas causas no cumplían sus obligaciones.

El trabajo en esta modalidad produjo un impacto fundamental para el proceso de socialización de las niñas campesinas, ya que se producían desplazamientos y cambios en los lugares de residencia; ellas conocían y se compenetraban en la intimidad con representaciones sociales propias de los sectores medios o altos de la población, cuya vida cotidiana transcurría de manera

distinta a la de su familia de origen. Se rompía así el proceso socializador agenciado por la madre y la comunidad de referencia más cercana. La mayoría emigró a lugares diferentes de sus hogares y al conocer un nicho cultural distinto, se transformaron valores propios de su socialización por cuanto las “patronas” comenzaron a jugar este rol.

Al migrar del sector rural, estas jóvenes ruralizan las ciudades, amplían su mundo cultural y aunque llevan en su inconsciente la socialización rural de la infancia, comparten valores y costumbres de la ciudad. Muchas de ellas después se convirtieron en zorreras, vendedoras de la plaza de mercado, atendieron restaurantes, la mayoría realizó oficios del sector informal, manteniendo la hibridez cultural⁴ entre los valores propios del sector rural y de la ciudad, ya señalada por Canclini (1989).

La evolución del vestido, como un ejemplo de expansión de la cultura urbana en las ciudades

La forma como se visten niños o niñas expresa las representaciones sociales que los padres, y en general, la sociedad tiene acerca de la infancia. Por ello Philippe Ariés (1987) estudió a través de las pinturas cómo se encontraban los niños y las niñas representados. A partir de vestimentas trató de comprender las imágenes que los padres tenían sobre su papel en la sociedad, la estimación que les daban y los sentimientos en torno a ellos. “La indiferencia existente hasta el siglo XIII por los caracteres propios de la infancia no aparece solamente en el mundo de las imágenes. El traje demuestra, en la vida real, lo poco particularizada que estaba la infancia en esa época. ... En la Edad Media se vestía indiferentemente todas las clases de edad, preocupándose únicamente por

mantener visibles los grados de la jerarquía social. En el siglo XVII el niño usaba un traje separado de los adultos.” (1987,78). Ariés no encuentra una diferencia sustancial respecto a las niñas porque a ellas en cuanto se les quitaban lo pañales se les vestía de mujercitas. Los pobres, por su parte usaban el ropaje que los ricos les daban.

El vestido es, así mismo, un indicativo de la clase social de las personas y de los valores que la sociedad tiene en torno a la corporalidad. Cuando cambia el tipo de vestido, cambia la vida y esa transformación se asocia con muchas otras.

En los relatos sobre las vidas, las mujeres adultas - promedio de 50 años,- expresaron: *“En esa época uno siempre permanecía con el vestido larguísimo, que la mamá le decía que no se le vieran los pies, que los niños no le fueran a mirar el cuello, tenía que ser con los sacos bien, y aun todavía me gustan los buzos altos. Si uno salía los domingos a misa, era con su vestido largo. Tenía que ser bien cubierto, porque eso era ser uno sinvergüenza y maleducado. Cuando hacía calor pues tenía que aguantárselo uno con su ruana y su sombrero que no le podían hacer falta. Uno se acostumbraba así, no había sudaderas ni nada, porque eso de ponerse pantalón, eso era terrible. Solamente los hombres se ponían eso. La ropa era así que faldita, no muy larga, a la rodilla, jardinerita y una blusita, eso si mis zapatos usábamos alpargatas y sombrero”.* (Mujer adulta de Boyaca).

“De pequeña eran puros vestiditos, puro traje hasta más abajito de las rodillas, trajes de machete, puro plegao y con bolsillo a los lados para meter la plata... Me ponía una baticas anchitas y sus cuellos. Ella decía - los escotes- las modas no son para que las use usted. eso las usan las mujeres cualesquiera. (Mujeres de Bolívar).

Durante la mitad de este siglo, se tenían múltiples temores para abordar la corporalidad femenina

⁴ La hibridez hace referencia al sincretismo cultural entre lo urbano y lo rural, lo tradicional y lo moderno.

y su sexualidad. Mientras se identificaba con la madre la niña aprendía que debía esconder no solo sus órganos sexuales, sino sus piernas, cuello y brazos, para no generar deseos en los hombres. Las vestimentas de ellas expresaban el silencio consagrado por la cultura sobre su sexualidad y por ello, se privilegia el vestido largo sobre el corto, las mangas cubriendo sus brazos y las túnicas en el cuerpo que no destaquen el busto.

La vestimenta infantil variaba con el clima: las campesinas santandereanas usaban vestidos de raso, faldas o blusas más apropiadas para la tierra caliente y las boyacenses faldas negras, sombrero y pañolón. En el caso de Bolívar, a pesar del calor el vestido contiene rasgos similares; es decir, a todas se les recomendaba usar faldas largas, se les prohibía el pantalón, para que se vistieran con ropaje femenino.

Por otra parte, con la ropa también se distinguían a las mujeres entre sí. Las buenas debían usar prendas largas y anchas, el pelo debía ser recogido, porque soltar la cabellera podía ser interpretado como ser una mujer mala, asimilable a la bruja, la otra, la prostituta. Ni siquiera podía cogerse el pelo con la carrera por la mitad, porque se corre el riesgo de representar la apertura de la vagina. Se manifiestan así, imaginarios duales sobre las mujeres, la Eva y la Virgen, la primera perversa, impura y pecadora, la segunda, madre, santa, pura y casta.

Así describe una mujer santandereana de 75 años el vestido que se usaba en las veredas de San Gil, relato que corresponde al ropaje en la década del cuarenta: *“Antes era falda y rusa, la falda hacia el tobillo, siempre para ir al pueblo y para entre casa. Era una admiración la mujer que se ponía un pantalón y decía que era el diablo, el pantalón en una mujer. Uno se peinaba con su moñete. Uno no tenía ganchos, ni colorete, ni nada de eso. Ahora es*

pura pintura, hasta las uñas de los pies. Usábamos brasier pero yo misma los hacía. Compraba mantagonal que se llamaba, ahora no se ve eso, doblaba, cosía, le ponía tirantas y cordones o broches o botones; si uno quería apretaito, apretaba. Pa’ calzarme, yo jamás me puse eso, me ponía alpargata. Yo jamás tuve en mis pies ese martirio. Todavía compro alpargatas, ¡ay virgen!, yo dende que me levanto tengo que ponérmelos, yo jamás zapatos, son muy tiesos. Y cuantas hay que se ponen los zapatos y les quedan tantico apretaos y se les hacen esos ampollones. Sombrero, yo sabía hacer de esto, ya se me olvidó, yo hacía pero para entre la casa, no era para vender. Eso lo hacíamos aquí en la finca. Cuando eso no se usaba interiores, falda negra y debajo gruesa. Antes no se usaban calzones. Las naguas eran bien anchototas. Eso no se veía nada, eso era oculto, uno tenía dos pares y cuando ya estaba mugroso, pues cambiaba y lavaba para tener listo. Yo tenía el cabello largo o sea yo me hacía trenzas o colas, me peinaba yo misma. Lo que yo me acuerdo que yo no me dejaba el pelo suelto para nada, mi papá decía: no tiene que usar el pelo suelto, así se ponga una cabuya pero tiene que amarrarse esas mechas. (Carmen, de San Gil).

El vestido también diferenciaba de forma estricta y clara a los hombres de las mujeres, la falda era privativa de lo femenino, mientras que los pantalones significaban la masculinidad. Usarlos provocaba un escándalo, era algo diabólico. Esta división no implicaba que las mujeres no debieran trabajar en muchos casos al igual que los hombres, pero sin que su vestimenta perdiera su carácter femenino.

En el vestido de la niña se expresaba la pobreza; cualquier ropa podría cubrirla, lo cual se convertía en algo dramático cuando eran abandonadas por sus madres. Al mismo tiempo el vestido indicaba la falta de valoración del cuerpo infantil, fuera niño o niña.

“En ese tiempo vivíamos todos remendados... Yo me tocaba andar desnuda de mudas, casi desnuda. Pues a mí no me compraban ropa. Casi yo era la peor que andaba en esa casa, de esa familia...” (Mujer de Boyacá). “La vida antigua para uno era terrible, eso no, ni alpargates, no le ponían a uno nada, sino ande uno descalzo. Uno usaba por ahí trapitos, ropita así. Yo me puse los primeros zapatos a los quince años, cuando me regalaron un par de zapatos. Yo iba a la escuela con cotizas. Cuando se largaba el agua uno se mojaba por los chocatos, pero así iba uno a la escuela y tenía que venirse”. (Mujer santandereana).

El vestido indicaba además que los niños(as) no habían entrado en el mercadeo de bienes de consumo, de manera que las mismas madres cosían para ellas: *“Me hacía la ropita, ella misma me hacía los vestiditos, así como ella los sabía hacer, los cosía a mano. Se traía un pedacito rosado o amarillo o así, entonces le hacía de para arriba la blusa de un color y de para abajo la falda de otra a las niñas, y a los niños el pantalón ella misma los hacía. Entonces no había cambio sino por ejemplo cada tres días, sí, y se tenía que tener mucho cuidado con la ropa porque, si el niño se ensuciaba pues lo regañaban, no era como ahora”.*

En síntesis, el vestido de la niña campesina expresaba las características de su socialización y las concepciones de los padres sobre la infancia. En primer lugar, en razón a las representaciones sociales sobre su sexualidad, debía esconder su cuerpo y las manifestaciones de su corporalidad. En razón a su clase social, usaban pocas prendas, baratas y al no pertenecer a la sociedad de consumo, los vestidos eran elaborados por ellas mismas. Por último no se usaban maquillajes, las mujeres no se pintaban, pues no correspondía a la estética de una mujer trabajadora y del campo.

En los últimos treinta años, sin embargo, las vestimentas han evolucionado y en los cambios en

los vestidos se expresan también transformaciones de las representaciones sociales en torno a la niña, a su corporalidad y la manera de involucrarse en la sociedad de consumo.

Ya una joven santandereana cuya infancia corresponde a los años 70 plantea: *“La ropa a mí me la compraba mi nona, ropa de deporte, y me mandaba a hacer vestidos, a mí me gustaba vestirme bien. Yo le decía nona no tengo ropa, no tengo zapatos y ella de alguna manera me daba. Usábamos vestidos cortos, por la rodilla, así donde vivíamos era frío.” “Antes era una época en que si el hombre veía la rodilla a la mujer se entusiasmaba, porque eran las polleras largas. Hoy las mujeres andamos prácticamente en cuero”. (Mujer de Bolívar).*

Las jóvenes rurales y las hijas de las entrevistadas, ya no se visten de acuerdo con la tradicional norma campesina. El uso del pantalón y las botas de caucho se extiende, el sombrero se sustituye por la cachucha e incluso la alpargata por los tenis de marca. Ya no desean usar el sombrero y la alpargata cuando van al pueblo, pues rechazan la apariencia de “campesinas”. La transformación del vestido expresa otros cambios en las representaciones sociales de las mujeres rurales. En primer lugar, con el uso de los pantalones, se acepta ver las formas de cuerpos que permanecían invisibles debajo de la falda. De una u otra forma, permitir a las jóvenes el uso de pantalón o “pantaletas”, indica la ganancia de una mayor igualdad de las mujeres respecto a los hombres. Las entrevistadas valoraron la nueva manera de vestir y la compra de ropa a los niños: *“Andaba uno del todo empeloto pero así de a mucho, así, hoy en día las hijas de uno tienen ya, más o menos viven bien vestidas. A uno no lo criaban con mucha ropa bonita, así como hay hoy en día, no”.*

El cambio en el ropaje significa también que las nuevas generaciones pierden representaciones sociales con las cuales se valoraba el mundo

campesino, debido a la intromisión de la publicidad y de los medios masivos de comunicación en la intimidad de la familia. Por ello, la ropa manufacturada y de “marca” es la más apetecida por las y los jóvenes del medio rural.

Expresa además la expansión de la sociedad mercantil al medio rural, pues ahora se compran más bienes manufacturados; la ropa ya no se hace en cada hogar y se trata de “remendar” menos. En las entrevistas las mujeres jóvenes de los pueblos pequeños protestaban sobre los altos costos que implicaba para ellas comprar estos productos a sus hijos, con los exiguos ingresos que ganan.

El vestido indica cómo la socialización se transforma generando nuevas paradojas y contradicciones para los sectores populares en razón a su clase social. Las generaciones socializadoras tienden a cumplir este rol de manera contradictoria entre la forma como fueron socializadas respecto a como ahora socializan. Desafortunadamente, las nuevas generaciones reciben de la sociedad unas expectativas de consumo y de vinculación a la sociedad de masas, que sus padres no pueden satisfacer debido a sus exiguos recursos.

El caso de este grupo de mujeres de sectores populares, indica un fenómeno nacional, como es la ruralización de las ciudades a través de una emigración permanente de mujeres campesinas a la zona urbana. En la zona rural, las jóvenes migran debido al trabajo remunerado, sumadas a las prácticas de socialización tan restrictivas y maltratantes. De esta manera el servicio doméstico les brinda esa primera posibilidad de obtener

ingresos monetarios. Correlativo a este fenómeno, la cultura de la zona rural se urbaniza en la medida en que jóvenes campesinas y campesinos, van integrándose en el consumo de ropas y modas propias del mundo citadino. Estos dos fenómenos son apenas un primer esbozo de lo que significa hacer una lectura desde el género y la clase social a procesos migratorios que con frecuencia sólo son analizados desde la perspectiva demográfica.

Bibliografía

ARIÉS, Philippe. *El niño en la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Editorial Tauros. 1987.

BARRETO, Juanita y PUYANA, Yolanda. *Sentí que se me desprendía el alma*. Editorial INDEPAZ. Programa de Género, Mujer y Desarrollo. Bogotá, Universidad Nacional, 1996.

GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Culturas Híbridas*. Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 1994.

GARCÍA CANAL, María Inés. Espacio y diferenciación de género. En: *Revista Debate Feminista*. Abril de 1998. Vol.17 .Año 9.

MARTÍN BARBERO, Jesús, «Comunicación y ciudad: sensibilidades, paradigmas, escenarios» en: Giraldo y otros, *Pensar la ciudad*, coedición Tercer Mundo, Fedevivienda, Cemas, Bogotá, 1996.

PUYANA, Yolanda y otros. *Mujeres, Hombres y Cambio Social*. Programa de Género, Mujer y Desarrollo, Universidad Nacional de Colombia. 1998.